

## El artículo de costumbres. Su evolución en la literatura chilena

EL género costumbrista, que en la literatura chilena no es abundante en exceso, comenzó a cultivarse en el país bajo la influencia de los grandes escritores españoles Mesonero Romanos y Larra, que en España lo llevaron a su culminación dentro de la primera mitad del siglo XIX. Es posible que los autores chilenos tuviesen, además, a la vista otros modelos; pero las obras de aquellos dos peninsulares fueron fielmente consideradas en Chile, a pesar de las diferencias de usos sociales y de costumbres que podían mediar entre los países de origen de unos y de otros escritores. Queda acreditado, por lo demás, que en Chile se editó muy temprano a aquellos costumbristas: los artículos de Larra, bajo el seudónimo de *Figaro*, fueron dados a conocer por Manuel Rivadeneira, entonces impresor y editor de *El Mercurio* de Valparaíso, ya en 1843, y los de Mesonero Romanos muy poco después, en 1846 (*Escenas matritenses*), editados por Santos Tornero, sucesor de Rivadeneira. En diversas fechas, por lo demás, los diarios publicaron escenas sueltas de estos mismos y de otros costumbristas españoles, entre quienes puede citarse como ejemplo Modesto Lafuente, cuyo seudónimo *Fray Gerundio* fue muy popular en la prensa chilena durante varios años. Con estos tres nombres a la vista podría, en fin, aseverarse que el género de cuadros de costumbres y descripción de escenas típicas y de uso y tipos que se presumen característicos de una sociedad determinada, prolonga dentro del país la huella de una escuela literaria oriunda de España, en contraste con aquellos géneros en que las influencias generalmente provenían de otras naciones y lenguas.

En las informaciones que siguen se da cuenta de los escritores a quienes se deben artículos costumbristas propiamente tales, y no de todos cuantos han tocado en obras de otra índole las costumbres, como forma

de manifestar interés por la vida ambiente. Es común encontrar escenas de costumbres en novelas y piezas teatrales, referidas con la intención de mostrar ciertos extremos del comportamiento social de los personajes, y también suelen hallarse cumplidas descripciones de ambiente en memorias autobiográficas y hasta en composiciones métricas. En este último sentido, desde luego, nada más costumbrista que *El campanario* de Salvador Sanfuentes, si bien las noticias tradicionales que éste aprovechó en su amplio poema descriptivo no habían sido observadas directamente por el poeta, ya que corresponden totalmente al siglo XVIII. Sin pretender abarcar, pues, el estudio de las costumbres en todas las diversas formas que él puede presentar en literatura, lo que sí se considera aquí es el artículo costumbrista como género literario independiente y con leyes propias.

José Joaquín Vallejo (1811-58), que popularizó en la prensa periódica el seudónimo *Jotabeche*, alcanzó a leer a Larra antes de que se le editara en Chile, y acaso en la edición madrileña que fue publicada en 1835-7, puesto que la primera serie de artículos costumbristas de que es autor quedó iniciada en *El Mercurio* de Valparaíso en 1841. Años más adelante, *Jotabeche* confesaba que no podía dormirse sin echar de nuevo cada noche un repaso de lectura a su idolatrado modelo. La obra de *Jotabeche* es corta, y aun sufrió interrupciones, porque el autor hubo de abandonar, más de una vez, la tarea literaria para dedicarse a las minas, a la política y al periodismo de combate. Estos mismos, por otra parte, constituyen algunos de los temas de sus artículos, extraordinariamente bien apreciados por el editor de *El Mercurio*, donde aparecieron hasta el año 1843. Poco después, Vallejo provinciano muy enamorado de su "patria chica", volvió a la ciudad de Copiapó en que había nacido, y allí fundó

un periódico propio, *El Copiapino*, donde se pudo leer otra serie de sus escritos costumbristas (1845-7). También accedió a que se le diera forma de libro, y en su vida y con prólogo de Antonio García Reyes se publicó la primera edición de sus *Artículos de costumbres* (1847). Uno de los secretos del buen éxito de las producciones de Vallejo sería, según parece, que supo aprovechar con listeza y gracia su situación de provinciano trasplantado a la capital, en contrapuntos y diálogos livianos, sugerentes; si bien cabe aceptar, además, que no pocos lectores le conquistó el estilo, no muy castigado pero sí risueño, gracioso, lleno de pequeñas imágenes que provocan simpatía por el autor.

Contemporáneo de *Jotabeche* es el argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-88) que se manifestó autor de artículos de costumbres sólo en Chile y a quien cabe considerar aquí por vía de paréntesis. Inmediatamente antes de que *Jotabeche* ocupara las columnas de *El Mercurio* con artículos de costumbres, Sarmiento había llevado a cabo tarea semejante, desde 1841, y en *El Progreso*, el primer diario de Santiago, desde 1842. Después, la vasta obra literaria de este escritor, vinculada a la organización de escuelas y a la política, se aparta completamente de la huella fijada durante su permanencia en Chile, en la cual fue autor de artículos de costumbres chilenas, más intencionados, en lo político, que los de *Jotabeche*, pero en todo caso espléndidamente concebidos y ejecutados. También pertenecen a la literatura comprometida en las luchas cívicas los artículos que debemos a José Victorino Lastarria (1817-88), a quien por lo demás debe reconocerse primacía cronológica en el cuento y en la novela. Sus trabajos de corte costumbrista fueron recopilados en el tercer volumen de la *Miscelánea histórica y literaria* (1869) y han sido reproducidos muchas veces más adelante, en homenaje al gran talento descriptivo del autor.

José Antonio Torres (1828-64), que brilló más como periodista, abre la serie de los autores de artículos de costumbres que jamás han sido recopilados, generalmente porque ellos formaban parte de su labor periodística. Quedan artículos de Torres en *El Mercurio* (1848) y *El Progreso* (1852), diarios de los cuales fue redactor. Tampoco han sido recopiladas las producciones de Román Fritis (1829-74), a pesar de que en su tiempo recibieron entusiasta

acogida los artículos que con el seudónimo *Feliciano de Ulloa* publicaba en *El Constituyente*, diario que fundó en Copiapó (1862). Por ser uno mismo el escenario, debe presumirse que algunas de las costumbres locales de que trata revelan influencia de su antecesor *Jotabeche*, aunque Fritis en política se mostró como antípoda de Vallejo, eminentemente conservador en sus gustos y en sus tendencias.

Alberto Blest Gana (1830-1920), fecundísimo como autor de novelas, ya que las escribió hasta la extrema ancianidad, como costumbrista se mostró más bien parco, y su producción en este género pertenece toda a la juventud. Comenzó escribiendo rasgos costumbristas en *El Museo* (1853), y prosiguió en *La Semana* (1859-6), en *La Voz de Chile* (1862-4) y, finalmente, en *El Independiente* (1864), series que, por lo demás, no fueron recopiladas hasta muchos años después de fallecido su creador (1947 y 1957). Esta especialidad es, en todos sentidos, faceta menor en la obra de Blest Gana, pero sus artículos, poco chistosos por lo general y dominados por una intención moralizadora visible, tienen el mérito de ser excepcionalmente fieles en la descripción de ciertos usos sociales (los remates, los banquetes patrióticos, los bailes, las baratijas en las tiendas) y de pintar muy a lo vivo las pasiones humanas (la frivolidad, la santurronería, etc.), tarea de miniaturista que hace notorio contraste con la novela de grandes planos que escribía el autor por ese mismo tiempo, en la cual hay también excelentes páginas costumbristas. Pedro Ruiz Aldea (1830-70) es, como *Jotabeche*, provinciano, y algunos de los más importantes cuadros que produce como articulista de costumbres provienen del contrapunto que para él se establece entre la pequeña ciudad natal (Los Angeles) y la capital a la cual llega ya adulto. Tiene páginas satíricas, y en casi todas las suyas predomina el deseo de hacer reír al lector con chistes inocentes o con la censura de los usos de la clase media de provincia. En la *Tarántula* (1862), que fundó en Concepción, se publicó la mayor parte de sus artículos, los cuales estuvieron sin recopilar hasta 1947. Román Vial (1833-96) llevó su inclinación por el cuadro de costumbres a todos los campos literarios por donde incursionó, y especialmente al teatro y a la novela. Sin perjuicio de ello, un par de gruesos volúmenes editados en 1889 y 1892, bajo el título de *Costumbres chilenas*, for-

ma el testamento literario de este autor, a quien se puede saludar como uno de los más avezados costumbristas de Chile. Algunos de sus artículos, generalmente los más extensos, están dialogados (*Un paseo a las carreras*, *Una noche de remolienda*), como revelación de la facilidad que poseía Vial para componer comedias y sainetes. Su observación procede especialmente del panorama urbano de Valparaíso, ciudad en la cual fue por muchos años cronista de *El Mercurio*, y de Viña del Mar, donde prefería escenas y usos de la clase media, ya que sólo por excepción se le ve manejar tipos de la clase popular (*La procesión de San Pedro*). Las obras de Vial lograron en su tiempo amplísima difusión, tanto en las columnas del periódico como en los prospectos de los teatros.

Daniel Barros Grez (1834-1904), descolante como novelista muy fecundo y como dramaturgo de prolija producción, encierra cuadros de costumbres en sus novelas, pero también se dedicó a la redacción intencionada de artículos de costumbres propiamente tales, desde las producciones de juventud encerradas en *La Semana* (1859-60) hasta páginas de madurez. Es tal su inclinación a la descripción de las costumbres, que todo un capítulo de su novela *El huérfano* (1881) puede ser aislado, y en realidad lo ha sido, con el título de *La chingana*, ya que constituye un tratado de folklore campesino y aldeano. Como retratista de tipos humanos, se le deben rasgos de mérito (el fletero, el jornalero, el ganador de elecciones), aunque en algunos de ellos sobresale la intención política. Entre los costumbristas menores de la misma época figuran, además, los siguientes: Adolfo Valderrama (1834-1902), ave de paso en el panorama del costumbrismo al cual, como descanso de otras labores, dedicó algunas páginas que fueron recogidas en *Después de la tarea* (1882); y Manuel Concha (1834-91), algunos de cuyos cuadros de costumbres se insertan en la tradición histórica, cual puede verse en *Tradiciones serenenses* (1883), y colaborador asiduo en revistas donde han quedado series de artículos propiamente costumbristas sin recoger, como los de *La Semana* (1874-5) de Valparaíso. Los hermanos Arteaga Alemparte, Justo (1834-82) y Domingo (1835-80), aparecen estrechamente unidos en la redacción de *La Semana* (1859-60), que es donde quedaron casi todos los artículos de costumbres que se les deben. Justo Arteaga encaró este género con mayor asidui-

dad, y en sus comentarios se muestran por lo general inclinado a definir al hombre como ser social, lo que le llevó más de una vez a describir las costumbres de los seres que había observado, pero también a censurarlas a lo moralista. Esta parte de la producción de los hermanos Arteaga ha quedado sin recopilar. También fue costumbrista otro colaborador de *La Semana*, Vicente Reyes (1835-1918), que en seguida fue redactor de *El Ferrocarril*, diario en el cual mantuvo, en varios períodos, comentarios de la actualidad donde con frecuencia asoman insinuaciones de costumbrismo.

Julio Chaigneau (1848-1925), autor de almanaques, periodista y dramaturgo, escribió unos pocos artículos de costumbres, en estilo casero, abundantemente dialogados, sin gran vuelo, algunos recogidos en *Charquicán* (1872). Arturo Givovich (1855-1905), más conocido como novelista por *El rigor de la corneta* (1888), adquirió nombradía de articulista de costumbres por *El valdiviano*, extensa sucesión de escenas que resultó premiada en el famoso Certamen Varela de 1887. Con éste y algunos más el autor componía un volumen, *Escenas y tipos* (1890), donde aparece la mayor parte de su producción periodística dispersa.

En esta segunda parte de su historia, el artículo de costumbres aparece elevado a la categoría de verdadera obra de arte en manos de Daniel Riquelme (1857-1912). Periodista de alma sensible, enamorado de la *petite histoire* de Santiago, Riquelme fue a la Guerra del Pacífico como corresponsal de un diario santiaguino de corta vida, *El Heraldo*, y a su vuelta a Chile ocupó por largos años las columnas de *La Libertad Electoral* y de *El Mercurio* de Valparaíso y de Santiago, sucesivamente, con artículos amenos, algunos con estructura de cuento, en que describe ya tipos curiosos de la ciudad, ya costumbres características. Como estilista, es superior a la mayoría de los nombrados, y su filosofía es blanda, benévola, amable, sin que jamás la embaracen ni la acritud ni el fastidio. Una inspección detenida de los artículos que se le deben mostraría el completo panorama de la ciudad natal de Riquelme, donde señaló, para sus producciones, no sólo los rincones viejos, tradicionales, cargados de historia, sino también los nuevos usos, los cambios de gustos y de hábitos que se iban inscribiendo en la urbe a medida que el cronista avanzaba en años. La mayor parte de su obra de este género ha quedado sin recopilar, en las columnas de

los diarios que ya se citaron, aunque algunos de los más descollantes entre sus artículos de costumbres, por ejemplo: *Mi corral* y *Mi calle*, ambos de tono íntimo y confidencial, fueron acogidos en *Cuentos de la Guerra y otras páginas*, editado en la Biblioteca de Escritores de Chile (1931).

Pedro Nolasco Cruz (1857-1939), que con el tiempo iba a ser uno de los más representativos críticos literarios de Chile, comenzó sus tareas de escritor con novelas, cuentos y artículos de costumbres. La principal de sus obras de este corte, *Murmuraciones* (1882), muestra un talento inclinado más a la censura de ciertos usos de la convivencia social que a la exposición imparcial de ellos, escritos en estilo nada pintoresco y observados con preferencia entre los grupos más elevados de la sociedad, por dinero y cultura. Articulista menor, no recopilado, es Guillermo 2º Linacre (1860-95), de quien existe una serie de esbozos de costumbres, con el seudónimo *Fray Casiano*, en *La Libertad Electoral* (1886-9). Alberto del Solar (1860-1921) intentó el estudio de las costumbres en algunos artículos con que colaboró en el periódico *La Semana*, publicado en Valparaíso entre 1884 y 1885, con el seudónimo *Abel de Sorralto*. Carlos Luis Hübner (1862-1911), periodista de larguísima actuación y diplomático en cortos períodos, reanudó su colaboración literaria en *El Diario Ilustrado*, de Santiago, fundado el 31 de marzo de 1902. Sus escritos, bajo el título de *Charlas*, ocuparon dos volúmenes en una edición de 1910 que debió ser adicionada con un tercero jamás publicado. Allí hay algunos significativos artículos de costumbres, donde se estudian temas como el grande hombre, las visitas de barrio, las ambiciones matrimoniales de las chicas, el papeleo administrativo, la vulgaridad de las noticias periodísticas, el veraneo en la ciudad y en el campo, el mozo vano y galanteador, etc. Algunas veces, el artículo discurre enteramente en forma de diálogo, y el autor logra toda una obra maestra en lo relativo a la discusión, con los interlocutores acalorados y profiriendo insultos. Escribe con soltura, intercalando frecuentes chascarrros, y es amenísimo en la descripción de las pequeñas manías y ridiculeces. En la obra de Carlos Sudy (1862-1929) también pueden contarse pequeños cuadros de costumbres, dispersos tanto en *Cuentos y paisajes* (1904) como *Páginas cortas* (1916). Alberto Poblete Garín (1863-1955), muy abundante periodista en diarios como *La Epo-*

*ca, La Tribuna, La Ley, La Libertad Electoral*, etc., donde empleaba el seudónimo *De Bertall*, presentó un grupo de *Siluetas de Santiago* al Certamen Varela de 1887, y fue premiado. Fuera de ellos, quedan sin recopilar no pocos de sus esbozos costumbristas. Clemente Barahona Vega (1863-1918), autor de extensa obra de folklorista, dejó algunos artículos de costumbres dispersos en los diarios y unos pocos recogidos en su libro *De brocha gorda y flaca* (1905), donde trata del enamorado, los chismosos y la celosa. Egidio Poblete (1868-1940), uno de los más fecundos periodistas de Chile, que divulgó e hizo famoso el seudónimo *Ronquillo*, no podía permanecer totalmente ajeno al cultivo del costumbrismo, y efectivamente se le deben algunos rasgos de esta índole, publicados en *La Unión* de Valparaíso. Por su inclinación, era hombre risueño, benévolo, y sus descripciones de costumbres son sanas y en nada acres; desgraciadamente, las series de recopilación que se han hecho de este prolífico autor, si bien coleccionan muchos de sus *Cuentos del Domingo*, han pasado por alto la porción costumbrista.

Manuel J. Ortiz (1870-1945) es uno de los más fecundos costumbristas de Chile, hasta el punto de que vastas series de sus artículos, publicadas en *Las Últimas Noticias* con el seudónimo *Bergerac*, siguen sin recopilar. Su nombradía comenzó hacia 1908, cuando sus *Cartas de la aldea*, acogidas por *El Mercurio*, quedaron acopiadas en volumen, y se afirmó con *Caricaturas* (1916), que contiene otro manajo del mismo corte. En años siguientes, el autor publicó *Relatos y comentarios* (1935), donde también hay donosas páginas de costumbrismo. Muchos de los trabajos acopiados en esos libros son cuentos, y como tales muy dignos de la lectura; pero en todos ellos se divisa la intención de hacer observación de las costumbres. Ortiz escribía con elevación, en tono irónico, narraba con gracia escenas de la vida cotidiana, poniendo en solfa, primero, de preferencia, a los provincianos toscos y de baja cultura, y en seguida a otros grupos sociales en los que encontraba motivos de reprensión. Por la abundancia de sus producciones, la corrección de su estilo y la variedad de los aspectos que aparecen en las miniaturas de sus libros, la literatura de Ortiz señala una de las etapas de madurez de este género literario. El festivo escritor Roberto Alarcón Lobos (1872-1917), vinculado a multitud de revistas satíricas de la primera mitad

del siglo XX, no compuso únicamente los cuentos recogidos en *Gente Alegre* (1912), sino también artículos de costumbres, que pueden leerse sobre todo en *La Comedia Humana*, de Valparaíso, y en *Zig-Zag*, de Santiago. Algunos de ellos tienen también estructura de cuento y están escritos con abundante y bien buscado empleo de las formas dialectales del habla popular.

Joaquín Díaz Garcés (1877-1921), que ocupó altos cargos en el periodismo, en la administración pública y en la diplomacia, y que fue cuentista, novelista y autor de serios editoriales en *El Mercurio* de Santiago, cuya dirección ejerció varias veces desde 1900, figura en las primeras filas en la historia del costumbrismo. Dentro de su vastísima obra, el artículo de costumbre es generalmente chistoso, alegre, de encantadora frivolidad, con lo cual el autor se acredita como uno de los buenos especialistas de la literatura nacional. Una primera parte de su producción se puede hallar en sus *Páginas chilenas* (1908, aunque dice 1907 en la portada), donde hay también cuentos y comentarios periodísticos. Son, en cambio, totalmente costumbristas las *Páginas de Angel Pino* (1917), así tituladas por el seudónimo que más usó el autor. De todos modos, las nueve décimas partes de su producción, extraordinariamente variada en temas y estilos, se ha quedado sin recoger hasta la fecha. Entre los costumbristas es, según parece, el más regocijado de todos, sin perjuicio de manifestarse, asimismo, como excelente psicólogo y muy feliz evocador de ambientes sociales, de clase alta y media. En sus cuadros se mezclan las escenas campestres (*No veraneo*) con las urbanas (*Un bautizo*, *Los arrendatarios*, *Historia de un piano*), así como suelen combinarse, muy acertadamente, la risa y la reflexión grave, todo ello, en fin, vertido en un estilo espontáneo, no exento de distracciones gramaticales, pero siempre apto para retener la atención del lector. Carlos Pezoa Véliz (1879-1908), más conocido y popular como poeta, fue también autor de artículos de costumbres, los cuales se publicaron de preferencia en *La Comedia Humana*, revista satírica, ilustrada, que se publicó en Valparaíso desde 1905. Algunos de los temas de esos artículos son generales a diversas ciudades de Chile (el guardián de policía, el joven matón a quien el autor llama *niño diablo*, el orador popular), pero en otros se hace uso muy feliz de circunstancias locales, con lo cual se incrementa la galería de personajes típicos

de la vida chilena que tiene como escenario el de las calles de Valparaíso. Estos artículos, publicados bajo seudónimo, han quedado olvidados por muchos años y sólo pudieron ser conocidos con ocasión del cincuentenario del fallecimiento de su creador.

Adolfo Ibáñez (1880-1949), que suscribió su producción literaria con el seudónimo *Galvarino Guzmán*, fue promotor de empresas industriales y comerciales. Algunas de sus producciones en el género costumbrista (reunidas en *Reflexiones de un alojado*, 1939, y *Mañanas criollas*, 1945) no parecen ser otra cosa que observaciones hechas por el autor en los grupos gremiales a que le dio acceso su privilegiada figuración económica. Juan Manuel Rodríguez (1884-1917) es maestro indisputable en el cuadro de costumbres breves, para lo cual inventó un personaje, Usebio Olmos, a quien le ocurren todos los lances imaginables para hacer reír al lector. Esta serie, comenzada en *Monos y Monadas* en 1910 y proseguida después hasta la muerte del escritor, aparece narrada por *Juan del Campo* en dialecto plebeyo, con todo el rigor que convendría a una investigación folklórica. Una parte pequeña del conjunto fue recopilada en *Aventuras de Usebio Olmos* (1913), y el resto ha quedado sin recoger en las páginas de aquella revista y de *Sucesos*. Jenaro Prieto (1889-1946), uno de los cronistas risueños más celebrados de Chile, hizo por muchos años el comentario cotidiano de la actualidad política en *El Diario Ilustrado*. Sus producciones fueron recogidas, en vida del autor, con el título de *Pluma en ristre* (1925), y en seguida, póstumamente, en *Humo de pipa* (1955). Muchos de sus innumerables artículos caen fuera del género que estamos tratando, ya que tocan puntos de la vida política de sus días con mención de personas de actuación pública; pero otros, que forman serie (*Historia de Tontilandia*), son artículos de costumbres en la plena acepción de la palabra y poseen, desde luego, notable valor de época a pesar de la breve distancia de tiempo que media desde que fueron escritos.

Como conclusión del examen que antecede, puede afirmarse que en el género costumbrista de la literatura chilena, de corto desarrollo, figuran con particular relieve las obras de Daniel Riquelme, Manuel J. Ortiz y Joaquín Díaz Garcés, a quienes se deben las más primorosas páginas en esta especialidad literaria. Por sus

aptitudes de observación, por los dones de sus respectivos estilos, muy diferentes unos de otros, por la misma abundancia de su labor, son estos tres autores los que más han de ser recordados, andando el tiempo, cuando la perspectiva de la historia permita buscar en el acervo de los artículos de costumbres una imagen coherente del chileno en sus propensiones más comunes y habituales. Señalar los nombres de estos tres autores no significa en absoluto desestimar el aporte de los otros, ya que a *Jota-beche*, por ejemplo, debe saludarse como precursor y fundador del costumbrismo, y a Barros Grez como empeñoso folklorista.

En todo caso, y para terminar, debe también notarse que en los últimos años, y especialmente a partir del fallecimiento de

Jenaro Prieto, no se encuentran ya artículos de costumbres en los diarios chilenos. Al parecer, es un género que en Chile, como en otras naciones, ha dejado de interesar a los escritores, si bien seguramente hallaría acogida en el público. Jamás podrá declararse agotada la galería de los tipos humanos para los efectos de la pintura intencionada que de ellos se hace en los artículos de costumbres, así como siempre habrá en los usos de los hombres reunidos en sociedad no pocos puntos que sirvan de asidero para censuras, más benévolas o más acres, según sea el gusto del escritor. Son, pues, los propios creadores literarios los que han dejado desierto este género que en otros años les ofrecía fáciles logros.